

## VIRGILIO ENEIDA

### INTRODUCCIÓN

*Virgilio*

Quizá desde comienzos del milenio, el territorio que bordea el lento fluir de las aguas del Po se vio habitado por grupos celtas que acudían en sucesivas oleadas de allende los Alpes. Junto al Mincio, uno de sus afluentes, en Andes, una aldea cerca de Mantua, nació Publio Virgilio Marón (*Vergilius*) el 15 de octubre del año 70 a. C. A lo largo de esos mil años que preceden a su nacimiento, los pueblos celtas de la ribera habrían recibido diversas influencias civilizadoras, y, si en su momento el elemento etrusco tuvo sin duda la fuerza que destaca Virgilio en su descripción de Mantua (*Eneida*, X, 198-203), desde los tiempos de la Segunda Guerra Púnica habrían brotado ya en el territorio numerosas colonias de latinos que hicieron de la Galia Cisalpina una región de avanzada cultura y saneada economía agrícola, tal como era durante el siglo I a. C.

*Vergilius* es un nombre gentilicio latino bien implantado en el norte y en otras regiones de Italia, y nos hace pensar que nació el poeta en una de esas familias latinas instaladas en la campiña del Po ya tiempo atrás, quizá desde la época de aquellas colonizaciones. Andando el tiempo y ya tan tarde como en los últimos años del imperio, sus lectores habrían corrompido el nombre en *Virgilius* -de donde procede el que aún hoy utilizamos para el autor de la *Eneida*- por una doble vía: de *virgo* (dado el tímido carácter que le valió el apodo griego de *Parthenias*), o de *virga* (por la varita característica de los magos, que esa fama tendría ya entonces nuestro poeta).

Su padre, aunque la tradición lo describe como de humilde origen, un alfarero o un bracero -o las dos cosas- que se habría casado con la hija de su patrón, Magia Pola, fue probablemente un *eques*, un terrateniente lo bastante rico como para preocuparse de que recibiera su hijo la mejor educación posible y prepararlo así para la carrera forense, camino seguro en la Roma de entonces hacia la lucha política.

Sus primeros años debieron de transcurrir, por tanto, en la finca de Andes, entre las labores del campo que tanto habrán de aparecer en sus obras, confiado tal vez a un *paedagogus* que cuidase de su instrucción primera. En Roma, Pompeyo y Craso desempeñaban el año 70 su primer consulado compartido en astuta jugada política que, bajo la apariencia de liquidar la obra de Sila, trataba de asentar el poder en las manos del partido senatorial. Diez años después formarían el primer triunvirato con César, primer movimiento de una larga partida que habría de liquidar el régimen republicano. Así, la vida de Virgilio sigue paso a paso los últimos cuarenta años de esta agonía, hasta el triunfo definitivo del principado en la persona de Augusto.

Con diez o doce años se trasladó a Cremona para comenzar sus estudios. César iniciaba por esas fechas su conquista de la Galia, y hay quien afirma que leyó Virgilio sus *Comentarios* con mayor interés por haber tenido quizá ocasión de verle personalmente cuando andaba reclutando sus tropas por las ciudades de la Galia Cisalpina. Aunque era primaria la educación que recibió en Cremona (es decir, una enseñanza elemental de lectura, escritura y aritmética), no hay que perder de vista que era éste el territorio donde habían nacido y comenzado a escribir parte de los *poetae novia*; temprano habría empezado Virgilio a entrar en contacto con el mundo de la literatura más refinada de su tiempo.

Parece que recibió la toga viril el año 55, y quiere la tradición que también fuera éste el año de la muerte de Lucrecio. Siguiendo el camino que le alejaba de su tierra natal imperceptiblemente, marcha Virgilio a Milán a continuar los estudios de gramática y literatura que ya habría comenzado en Cremona. Era *Mediolanum* una importante ciudad donde cabe suponer que sería fácil recibir una adecuada educación para intentar el salto final hacia Roma, donde debió de instalarse Virgilio el año 54, más o menos.

Su intención era, como la de todo romano cultivado, estudiar retórica, y parece que su padre le obligaba a prepararse para una carrera forense y política, aunque puede que este dato de su biografía no sea otra vez sino el tópico que hace con frecuencia trabajar a los poetas contra las buenas intenciones de la familia. Según alguno de sus biógrafos, frecuentó las lecciones de Epidio, quien fuera también maestro por entonces de Antonio y Octaviano, el futuro Augusto. Pero era la retórica árida especialidad para un poeta y, por otra parte, los tiempos en Roma (en el 52 Pompeyo se convirtió ya en *consul sine collega*) eran ya más de dinero y espada que de discursos. Por ello no es raro que Virgilio prefiriera dedicarse a frecuentar los restos de lo que había sido el círculo de Catulo, como muestran las amistades que por entonces habría empezado a hacer con Asinio Polión, Alfenio Varo, Cornelio Galo, Helvio Cinna y otros. A ello habría contribuido decisivamente lo que sus biógrafos describen como un fracaso en su primera intervención como abogado.

Debía Virgilio de estar en Roma el año 49, cuando estalló la guerra entre César y Pompeyo, y éste hubo de cruzar precipitadamente el Adriático con buena parte del Senado. No es seguro si militó en las armas de César ni si hubo de dejarlo ya por problemas de salud. Sea como fuere, su salud, sin duda, no era buena y los acontecimientos políticos de estos años debieron marcarle profundamente; por todo ello, poco después de Farsalia se marcha a Nápoles (año 48 a. C.) para estudiar filosofía con el epicúreo Sirón, director entonces del «jardín», un hermoso círculo de filósofos y artistas que habrían frecuentado nombres importantes de la Roma de entonces, como Julio César, Manlio Torcuato, Hircio, Pansa, Dolabela, Casio, Ático y Cornelio Galo. De Cremona a Nápoles, por tanto, parece que Virgilio no dejó de estar en estrecho contacto con los círculos intelectuales más notables.

No podemos saber con seguridad si Virgilio escribía ya por estos años. De ser suyos -cosa que parece dudosa a la moderna crítica- algunos de los poemas de la Appendix Vergiliana, los habría escrito por entonces y pueden seguirse en ellos las influencias de aquellos poetae novi que pretendían poner la poesía romana tras los pasos de Teócrito y Calímaco; de esa escuela, por tanto, que se conoce como alejandrínista. Virgilio se instaló definitivamente en Nápoles, quizá recibió en herencia la pequeña finca de Sirón (antes del 41 a. C.) y, pese a que con el tiempo llegó a tener algunas posesiones en la propia Roma gracias a la generosidad de sus amigos, se hicieron cada vez más raros sus viajes a la capital del imperio.

Así pues, he aquí a Virgilio tranquilamente instalado en Campania mientras se desarrollaban los graves acontecimientos de la guerra civil que, primero, pusieron todo el poder en las manos de C. Julio César, y fueron al cabo la causa de su muerte, el 15 de marzo del 44. Sin embargo, cuando, tras las primeras disputas, Marco Antonio y Octaviano forman con Lépido el llamado Segundo Triunvirato a finales del 43, el poeta ve cómo su vida es arrastrada en el remolino de las guerras de Roma. Y es que no podía ser de otra forma: la proscripción y el subsiguiente asesinato de Cicerón por orden directa de los triúmviros constituían todo un síntoma de que ni los más hábiles podían quedar al margen de los terribles acontecimientos. Octaviano tenía que instalar a 100.000 soldados que debían ser licenciados urgentemente, en evitación de males mayores. Toda Italia se vio afectada por las confiscaciones de tierras: la propia Campania donde vivía Virgilio, y también los campos de Cremona, su tierra natal (*Mantua uae miserae nimium uicina Cremonae*). Sus propias posesiones fueron confiscadas y hasta su padre debió instalarse en la finca de Nápoles. Puesto que sus amigos (Asinio Polión, Cornelio Galo y Alfenio Varo) pertenecían al círculo de los triúmviros, quiere la tradición que Virgilio habría logrado de Octaviano la devolución de su propiedad: no son, sin embargo, definitivos los datos que avalar pueden una afirmación como ésta.

Asinio Polión fue precisamente quien animó a Virgilio a que compusiera unos poemas según los Idilios de Teócrito, al modo que ya había intentado M. Valerio Mesala. Las Bucólicas fueron publicadas poco después del 39, y su éxito superó con creces los límites de los círculos alejandrínistas, siendo adaptadas con éxito como mimo para la escena. Virgilio, según sus biógrafos, las había comenzado a los veintiocho años, y parece que con ellas se vio de repente lanzado a una fama y una popularidad que no iban bien con su carácter retraído. Fue a raíz de este éxito cuando Mecenas puso a Virgilio en contacto con Octaviano, su antiguo compañero de estudios, arrebatándose al círculo de Polión, amigo y aliado de Marco Antonio.

C. Mecenas era un eque de ascendencia etrusca, que aparece ya en los días de Módena (43 a. C.) al lado de Octaviano. Persona de gran tacto y visión política, su influencia fue decisiva en la Roma que Octaviano quería modelar y especialmente en lo que se refiere al terreno de la literatura. Supo rodearse de un círculo de poetas que, a cambio de su amistad y protección, realizaron toda una campaña en favor de los intereses del futuro *princeps*. Virgilio, pues, fue admitido en este círculo y él mismo con Vario Rufo logró que Mecenas aceptase a Horacio. Sabemos por una sátira (I, 5) de este último de un famoso viaje a Brindis que realizó Mecenas con lo mejor de su grupo, con Virgilio, Horacio, Vario Rufo y Plocio Turca. Por aquellos días (37 a. C.) debía celebrarse una entrevista en Tarento para reconciliar a Octaviano con Marco Antonio, y sin duda Mecenas se había propuesto impresionar al futuro enemigo con toda una corte de artistas.

Podemos pensar que fue durante el trayecto cuando convenció Mecenas a Virgilio para que compusiera sus Geórgicas, cuatro libros de poesía didáctica relacionada con la vida del campo. El poema de Lucrecio aún estaba reciente en todos los lectores del momento, el argumento campesino (siguiendo los pasos de Hesíodo) no podía disgustar a un autor que se había criado entre los agricultores de la campiña del Po y, por lo demás, el momento requería que los poetas cantasen sus mejores versos a la reconstrucción de Italia, la madre Italia arrasada por las guerras civiles. El empeño, por tanto, era noble, y Virgilio no se resistió a la invitación de Mecenas, a quien luego dedicó ardorosamente su poema. Se dice que debió emplear siete años en su composición y que, en una lectura ininterrumpida de cuatro días, pudo leerse a Octaviano a su regreso de Oriente en el 29 a.C.

No es extraño que el propio Mecenas intentase a continuación un salto cualitativo en su programa literario. Había que cantar ahora la figura de quien pronto ya se llamaría Augusto. Y había precedentes: Furio Bibáculo y Terencio Varrón habían puesto antes en verso las gestas de César en su conquista de las Galias, y los antecedentes de una épica nacional se remontaban hasta Ennio, y más atrás. La idea ronda ya en los primeros versos del libro tercero de las *Geórgicas*; Mecenas, sin embargo, no tenía prisa y esperaba el momento oportuno y la inspiración adecuada.

Por Macrobio sabemos de una famosa correspondencia epistolar entre Virgilio y el propio Augusto. Era el año 26, Augusto estaba en Hispania dirigiendo las operaciones contra los cántabros y desde allí reclamaba ansioso al poeta el resumen o algún fragmento de su obra. Éste entonces le responde pidiéndole tiempo, que se sentía enajenado por el trabajo emprendido y «su Eneas» (*Aenea quidem meo*, dice el poeta, según su biógrafo nos lo ha transmitido) precisa aún de estudios más profundos. Podemos afirmar, por tanto, que era entonces cuando el poeta estaba empezando el trabajo que habría de ocuparle hasta su muerte, el *arma uirumque* que se disponía a cantar para mayor gloria de Roma y su príncipe. No sólo Augusto, sino toda la ciudad aguardaba el poema con impaciencia, y Propertio pudo escribir en el 26 que se estaba gestando «algo mayor aún que la *Ilíada*».

Más tarde, sin embargo, Virgilio pudo satisfacer la curiosidad de Augusto, presentándole en pública lectura los libros II, IV y VI, quizá los más impresionantes. Es famosa la anécdota que nos cuenta cómo Octavia perdió el conocimiento al escuchar el panegírico de su hijo Marcelo contenido en el libro VI. El propio príncipe debió de estremecerse ante la mención de su sobrino, el joven que ya había escogido como heredero y que acababa de fallecer (23 a. C.).

En el año 19 Virgilio había provisionalmente terminado su trabajo en doce libros. Él mismo se había trazado aún un programa de tres años durante los que habría de visitar los lugares de Grecia y Asia en los que tantas veces aparecían sus personajes. A nuestro poeta le gustaba pulir amoroso sus versos -como lame la osa a sus crías, en comparación ya antigua- y quería una tregua para terminar definitivamente el poema. Embarcó, por tanto, y en Atenas se encontró con Augusto que volvía de Asia. Sabemos que estuvieron juntos, sabemos que el sol abrasador del verano de Mégara hizo que la salud del poeta se resintiera y sabemos que regresó precipitadamente a Brindis. Murió el 20 de septiembre y su cuerpo fue trasladado a las proximidades de Nápoles, donde recibió sepultura. Algún amigo piadoso puso en su tumba el famoso epitafio: *Mantua me genuit...*

Antes de partir para Grecia, y alarmado sin duda por una salud precaria, Virgilio había confiado su *Eneida* a dos buenos amigos, Vario Rufo y Plucio Tuca: si algo le ocurría, debían entregar ese manuscrito inacabado a las llamas. Que aún no estaba terminado el poema. Augusto, sin embargo, evitó que se cumpliera ese último deseo, y, muy al contrario, encargó a esos mismos amigos que lo publicasen sin añadir ni una sola letra, aunque podían suprimir lo que, en su opinión, no sería del gusto del poeta ya desaparecido. Y así, con sus contradicciones y sus hermosos versos incompletos, ha llegado la *Eneida* hasta nosotros.

Del físico y la personalidad de Virgilio no es mucho lo que sabemos. Era, según cuenta Donato, alto y moreno, de aspecto campesino, y así nos lo confirman los retratos antiguos que de él nos han llegado, el del mosaico de Hadrumeto y algún busto en mármol quizá de la época de Augusto. Tenía fama de tímido entre sus amigos, y es seguro que no le gustaba mostrarse en público y que prefería su retiro en Campania al ajetreo de la gran ciudad. Quizá también esto se debió a esa misteriosa enfermedad crónica que el propio Donato menciona (tuberculosis o no); al fin y a la postre, y en palabras de García Calvo, «tan sólo la enfermedad es lo que hace al hombre un hombre».

### *La Eneida*

El centro de la vida de Virgilio, de los veinte a los cuarenta años, está enmarcado por el Rubicón y por los ecos de la batalla de Accio; vivió, como hemos comentado, en el torbellino de constantes enfrentamientos civiles que no llegaron a su final, sino con la muerte de Antonio, el año 30 a. C. Agripa el militar en una mano, y Mecenas el amigo de las letras en otras, Octaviano decide entonces comenzar toda una obra de reconstrucción nacional (la «restauración de la república», decían ellos) que debía contar con una adecuada campaña de propaganda. Mecenas estaba empeñado en que alguno de sus poetas cantase las gestas de Octaviano, y parece que probó sin fortuna con Horacio y Propertio, quienes habrían renunciado de antemano a tan ingente tarea.

También Virgilio recibió esta propuesta, y parece que se dejó llevar por el entusiasmo de la victoria y de la paz, y puso manos a la obra. Si tenemos en cuenta el sangriento pasado que estos poetas habían conocido, no podemos sorprendernos si dejaron escapar un profundo suspiro cuando se cerraron en Roma las puertas del templo de Jano, las puertas de la guerra: era el año 29, y casi durante doscientos años habían estado abiertas, ensangrentadas.

Tenemos noticias, sin embargo, que nos aseguran que era ya antigua la intención de Virgilio de componer un poema épico. Afirman sus biógrafos (Servio, Donato) que ya antes de terminar las *Bucólicas* trató de cantar *reges et proelia*, y discuten si pensaba ya en Eneas o se trataría de una epopeya basada en la historia de los reyes de Alba. En todo caso, nuestro poeta abandonó pronto este proyecto, bien abrumado por la tarea, bien simplemente que los tiempos de los neotéricos no animaban precisamente a los posibles autores de poemas épicos de altos vuelos. Un segundo dato sostiene esta vieja pretensión: parece que, cuando -en el 45- Julio César inaugura el templo dedicado a su antepasada Venus Génatrix, Virgilio habría asociado definitivamente los nombres de César y de Eneas; según Servio, a este César haría referencia el poeta en el libro I de su *Eneida* (254-296) y, por tanto, estos versos habrían sido compuestos, quizá con algún otro fragmento, mucho antes que el resto del poema.

Es indiscutible, por último, que en el proemio del libro III de las *Geórgicas* Virgilio anuncia una futura obra, comparada en sus versos con un templo, que tendrá a César en el centro y al fondo las gestas troyanas. Y este César al que se refiere con el entusiasmo de los días de Accio, es ya Octaviano. Cuando termina su poema campesino, Virgilio se decide al fin a recoger la propuesta de Mecenas. Era, pues, el año 29, y hemos visto, sin embargo, cómo tres años después nada puede aún ofrecer a Augusto. ¿Qué obstaculizaba el trabajo del poeta? Quizá su intención primera estaba experimentando un cambio y su fina intuición poética le llevaba a desplazar la cámara, colocando al líder en un segundo plano, para que más destacase la tarea colectiva del pueblo romano, «el pueblo latino y los padres de Alba y de la alta Roma las murallas». Ahora bien, los días no eran fáciles, y no es raro pensar que en Virgilio se fuera enfriando el entusiasmo inicial; si a esto añadimos el que su amigo Cornelio Galo se quitó la vida el año 27, acusado de traición hacia la persona de Augusto, ¿no sería posible pensar en un cierto desengaño político del poeta?

«Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya  
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas  
lavianas, sacudido por mar y por tierra por la violencia  
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,  
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad  
y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino  
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas...»

Virgilio, por tanto, eligió como argumento definitivo para su poema épico los viajes de Eneas, de Troya a las tierras del Lacio, y sus guerras en Italia hasta su definitivo asentamiento. En realidad, se trataba, tal como el poeta lo planteaba, del primer capítulo de la historia de Roma que iba a culminar en la persona de Augusto, descendiente familiar y también político de esta manera del héroe de Troya. Veamos el argumento del poema:

**LIBRO I:** Las naves de los troyanos, que surcan el mar de Sicilia, son arrojadas a las costas africanas por una violenta tempestad que la rencorosa Juno les envía. Venus, quien poco antes había obtenido de Júpiter garantías sobre el futuro de su hijo, se aparece a Eneas como una cazadora, y le informa de que se encuentra en las tierras de la fenicia Dido, ahora reina de Cartago. Entra Eneas en esta ciudad con su amigo Acates rodeados por una nube que les oculta, y pueden así contemplarla sin que nadie les vea. Asisten también al relato de Ilioneo, que se ha presentado ante la reina al frente de una embajada de troyanos, y Eneas envía a Acates en busca de Ascanio y de regalos para Dido, después de salir de la nube y mostrarse a la vista de todos. Venus, convenciendo a Cupido para que suplante al hijo de Eneas y tome su aspecto, logra que el corazón de la reina se inflame de amor. La reina ofrece un banquete a sus huéspedes y pide a Eneas que le cuente sus aventuras.

**LIBRO II:** Comienzan los recuerdos de Eneas, tal como se los cuenta a Dido en el banquete, y que se van a extender a lo largo de dos libros. En éste se cuenta la caída de Troya, luego que los griegos lograron introducir el caballo en la ciudad. Esa noche aciaga, y cuando ya el ejército griego había logrado su objetivo de entrar en Troya, se aparece a Eneas el fantasma de Héctor que le anuncia el desastre y le pide que escape y busque nuevas murallas para los dioses de la ciudad. Se describe el saqueo de la ciudad y la muerte de alguno de sus personajes más importantes y en especial la del rey Príamo. Eneas decide abandonar la patria para lo que ha de vencer, ayudado por señales del cielo, la resistencia de Anquises, su padre. Salen al fin, pero en el camino se pierde definitivamente Creúsa, la esposa del héroe, quien se encamina a las montañas con su padre y Ascanio, su hijo.

**LIBRO III:** Eneas, con los compañeros que han podido escapar a la catástrofe, prepara una flota y navega a las costas de Tracia. Comienza así un periplo que le lleva sucesivamente a la isla de Delos (para con sultar el oráculo), a Creta, de donde deben partir precipitadamente a causa de la peste, y a las islas Estrófades (encuentro con Celeno y las demás Harpías; nueva profecía sobre su destino). Llegan a las costas de Epiro, donde encuentran a Andrómaca y Héleno; le anuncia éste su brillante porvenir y le advierte de los peligros que debe evitar en la navegación hacia Italia. Bordean las costas de Sicilia y, frente al Etna, encuentran al griego Aqueménides, superviviente de la expedición de Uises, que les refiere la aventura con el Ciclope Polifemo. Evitan luego los escollos de Escila y Caribdis siguiendo los consejos de Heleno, y llegan al fin al puerto de Drépano, donde muere Anquises, el padre del héroe. Viene luego la tempestad que les ha arrojado a las playas de África, con lo que termina el relato de Eneas a la reina.

**LIBRO IV:** Es el famoso libro de los amores de Dido y Eneas. Comienza cuando Dido abre su corazón a Ana, su hermana del alma, y le expone su terrible dilema: se ha enamorado del héroe troyano, pero aún respeta la memoria de Siqueo, su primer marido ya muerto. Animada por las palabras de su hermana, que le reprocha el haber rechazado ya a otros pretendientes africanos, Dido rompe todos los lazos del pudor y se entrega a una ardiente pasión por Eneas. Juno y Venus, por razones bien distintas, acuerdan -las dos están fingiendo- propiciar la unión de Dido con Eneas y unir a los dos pueblos. Salen los héroes de cacería; protegidos en una cueva de una repentina tormenta, se consuma su himeneo. Instigado por las súplicas de Yarbas, rey de los getulos a quien Dido había despreciado, Júpiter envía a Mercurio para que recuerde a Eneas el objetivo de su misión y le

reproche su abandono. Prepara entonces en secreto la partida, pero Dido lo descubre e intenta convencerle de mil maneras para que se quede a su lado. Al no conseguirlo, la reina decide quitarse la vida y maldecir para siempre a Eneas y a su pueblo. Parten las naves troyanas mientras asoman por encima de las murallas las llamas de la pira de Dido.

**LIBRO V:** Con tan funesto augurio, las naves son arrojadas de nuevo por una tempestad a las costas de Sicilia, sin poder alcanzar Italia. Les acoge amistosamente el rey Acestes, y celebra entonces Eneas sacrificios y juegos en el sepulcro de su padre. Comienzan con una competida regata; siguen carreras a pie, luchas con el cesto, pruebas de puntería con arco y terminan con unos ejercicios ecuestres en los que Ascanio dirige a los demás jóvenes troyanos. Las mujeres de Troya, preocupadas por su difícil situación y en vista de que no alcanzan el final del peligroso viaje, instigadas por Iris, mensajera de Juno, incendian la flota y consiguen destruir cuatro naves; Júpiter envía una lluvia milagrosa que impide la destrucción total. Anquises se aparece en sueños a su hijo y le aconseja que deje a parte de su gente en Sicilia y se dirija a Cumas, en Italia, donde debe conseguir la ayuda de la Sibila para bajar al Averno, a las moradas infernales de Dite. Obedece Eneas a su padre, y en el camino pierde a Palinuro, el piloto de su nave.

**LIBRO VI:** Llega por fin Eneas a las costas de Italia, a Cumas. Se entrevista con la Sibila, escucha su oráculo y le pide que le acompañe a las mansiones infernales para ver a su padre. Recorren ambos los infiernos, luego que el héroe consigue la rama de oro que les franquea el paso. Encuentran la sombra de Palinuro, antes de cruzar la laguna estigia en la barca de Caronte; llegan a las Llanuras del Llanto, donde encuentran a Dido y a la muchedumbre de los soldados troyanos muertos en la guerra. Descripción del Tártaro y sus suplicios. Llegan a los Campos Elíseos, donde, por fin, puede Eneas hablar con el fantasma de su padre. Anquises explica a su hijo el origen del mundo y los misterios de la vida en los infiernos; por último, le va describiendo las personas de los que luego han de ser héroes de la Roma que aguarda su hora; destaca aquí el elogio del joven Marcelo, sobrino y heredero de Augusto, muerto prematuramente. Animado al comprender la misión de Roma en la historia del mundo, abandona Eneas las moradas infernales por la puerta de marfil.

**LIBRO VII:** Comienza la segunda parte del poema, las guerras en el Lacio, y así nos lo indica el propio poeta con una segunda invocación a las Musas. Navega la flota troyana siguiendo las costas de Italia, y penetra en las aguas del Tíber, en cuya ribera desembarcan y establecen los troyanos su campamento. Eneas, al ver cumplido el vaticinio de Celeno, reconoce en estas tierras la patria que le tiene asignado el destino. Envía mensajeros al rey Latino, quien le acoge favorablemente y, en cumplimiento de antigua profecía, le ofrece en matrimonio a su hija Lavinia. Irritada de nuevo Juno, envía a la tierra a la furia Alecto, que ha de enfrentar a latinos y troyanos para impedir la boda; maniobras de Alecto con Amata, la esposa del rey Latino, y el propio Turno, rey de los rútuos, a quien ya Latino había prometido la mano de su hija, y que era el pretendiente favorito de la reina Amata. Ascanio mata en una cacería a un ciervo de la pastora Silvia, pastora del rey, y este incidente es la chispa que enciende la guerra entre ambos pueblos. Descripción de las tropas aliadas de Turno, entre las que destaca Camila, reina de los volscos.

**LIBRO VIII:** Turno busca ayuda entre todos los pueblos del Lacio. El dios del Tíber se aparece en sueños a Eneas y le advierte, tras infundirle ánimos, que debe buscar la alianza con Evandro, rey arcadio que tiempo atrás se había establecido con su pueblo en el monte Palatino, justo donde más tarde habrán de alzarse las murallas de la alta Roma. Parte Eneas en busca de Evandro y éste le recibe favorablemente. Cuenta el rey arcadio el origen de los sacrificios que están celebrando en honor de Hércules, conmemorando su victoria sobre Caco; recorren ambos reyes el futuro asiento de Roma. Venus, preocupada por las guerras que aguardan a su hijo, solicita el favor de Vulcano, quien ordena a sus Ciclopes que preparen para el héroe unas armas maravillosas. Por consejo de Evandro, que hace que su propio hijo Palante se aliste junto a Eneas, el héroe troyano parte en busca de las tropas tirrenas, en pie de guerra contra Mecencio, su antiguo rey, hoy aliado de Turno. Venus se aparece a Eneas y le entrega las armas; descripción minuciosa del escudo, en el que aparecen grabadas futuras hazañas de Roma.

**LIBRO IX:** Aprovechando la ausencia de Eneas que Iris le descubre, Turno pone sitio al campamento troyano y quema sus naves, que la diosa Cibele convierte en Ninfas del mar. Aventura nocturna de Niso y Euríalo, quienes tratan de romper el cerco para avisar a su rey de la difícil situación del campo troyano; la muerte de ambos amigos hace que decaiga más la moral de los soldados troyanos. Turno ataca con redobladas fuerzas, y el propio Ascanio debe empuñar las armas contra los atacantes, dando muerte a Numano. Pándaro y Bitias intentan engañar a los sitiadores y les abren la puerta que les había sido confiada, pero Turno advierte el engaño y entra en el campamento causando gran matanza entre sus enemigos hasta que, rechazado y acosado, ha de arrojarle con sus armas al Tíber.

**LIBRO X:** Convoca Júpiter la asamblea de los dioses para discutir la guerra del Lacio; ante la imposibilidad de conciliar los criterios de Juno y de Venus, decide el padre de los dioses permanecer neutral, lo que viene a ser dejar la guerra en manos del hado y sus disposiciones. Cuando los rútuos preparan un segundo ataque, se presenta Eneas con las tropas tirrenas y las que Evandro puso bajo el mando de su hijo Palante; las naves transformadas en Ninfas le habían avisado del peligro que corrían los troyanos. Eneas desembarca y comienza el combate en el que muere Palante a manos de Turno. Cuando más enfurecido está el héroe troyano por vengar la muerte de su amigo, Juno consigue de Júpiter que saque a Turno del campó, librándole de una muerte

inminente; para ello le ponen delante un fantasma con la figura de Eneas, y el rey de los rútilos le persigue por tierra y por mar hasta las riberas de Ardea, donde sale avergonzado de su error. Toma Mecencio el mando del ejército latino hasta que es herido por Eneas, quien después da muerte a su hijo Lauso. Duelo de Mecencio, que vuelve enardecido al combate y es muerto por Eneas.

LIBRO XI: Celebra Eneas en honor de Marte la muerte de Mecencio, y envía a la ciudad de Evandro los restos de Palante. Llegan mensajeros del rey Latino a pactar una tregua para dar sepultura a los muertos; accede Eneas. Regresan a la corte de Latino los mensajeros que había enviado a Diomedes y anuncian que no han podido conseguir su alianza; esto provoca un debate en la asamblea de los latinos, y Turno y Drances se enfrentan agriamente en defensa de la guerra y la paz con los troyanos, respectivamente. Llega a la asamblea la noticia del avance de Eneas sobre Laurento y se prepara la defensa de la ciudad. Sale Camila al frente de su escuadrón de caballería y se traba combate en el que muere la heroína a manos de Arrunte; la Ninfa Opis venga su muerte por encargo de la diosa Diana. Se dispersa el ejército latino ante la muerte de Camila y acude de nuevo Turno para salvar la situación. Llega al campo de batalla al tiempo que Eneas; es de noche y ambos prefieren acampar al pie de las murallas de Laurento.

LIBRO XII: Acepta Turno enfrentarse en duelo singular según la propuesta de Eneas, y que la mano de Lavinia sea para el vencedor. Persuadida por Juno, la Ninfa Yuturna, hermana de Turno, actúa entre el ejército latino y consigue que se rompa el pacto porque Tolumnio dispara sus dardos contra los troyanos. Se reanuda el combate y es herido Eneas. Mientras Turno se aprovecha de su ausencia, el caudillo troyano es curado milagrosamente con unas hierbas que le envía su madre. Busca luego a Turno, pero Yuturna, transformada en el auriga Metisco, lo mantiene alejado del combate; decide entonces Eneas iniciar el asalto final a la ciudad. Ante tan delicada situación se ahorca la reina Amata, y la espantosa noticia lanza a Turno al duelo decisivo, tras descubrir el ardid inútil de su hermana. Muere Turno a manos de Eneas.

Es la *Eneida* una «recreación literaria de la poesía épica» (García Calvo) que venía de Hornero, y aun de antes de Homero. Virgilio disponía, pues, del molde adecuado a sus intenciones, tal como se lo suministraban los poemas del griego, así como la épica helenística de Apolonio de Rodas, y su trabajo inicial -quizá esos primeros años de inexplicable parálisis- consistió en reunir los materiales que le permitieran urdir el relato que ya empezaba a ver con claridad. Hacía tiempo que Virgilio había asociado el nombre de Eneas con la casa de César, *la gens Iulia*, y ese héroe es mencionado por Poseidón en el canto XX de la *Iliada* como el futuro rey de los troyanos. Es más, el siciliano Timeo de Tauromenio había ya relacionado los orígenes de Roma con la llegada de Eneas al Lacio; Nevio, primero, y luego Ennio, el poeta nacional romano hasta la aparición de Virgilio, habían recogido esa tradición en sus poemas, en los que aparecía también Dido entre alusiones a la futura rivalidad de Roma y Cartago. También debió de leer Virgilio con aprovechamiento la obra de Catón (*Origines*), en la que se narraba el pasado de tantos pueblos de Italia. Virgilio tenía con todo esto el camino ya trazado, pero él marcó la nueva meta, y en ella Eneas y Augusto se identifican como dos ramas del mismo árbol familiar que trabajaban por la gloria de Roma y aceptaban voluntariamente su destino.

En cuanto a la poesía épica en latín, tampoco nuestro poeta partía de la nada. Habitualmente se identifica el comienzo de la literatura latina con la figura de Livio Andronico, y uno de sus trabajos consistió precisamente en traducir al latín, en versos saturnios, la *Odisea* de Homero. Nevio (*Bellum Poenicum*) continúa la tradición, y Ennio concibió sus *Annales* como un inmenso poema que cantara las gestas romanas hasta sus días y para ello, además, adaptó como verso el hexámetro de Homero, lo que sería ya un paso definitivo en lo que refiere a la forma de la épica en latín. En sus propios días Virgilio había podido leer los espléndidos hexámetros de Lucrecio, de quien tanto aprendió, así como numerosos *epyllia* o pequeños poemas épicos que los neotéricos componían a la manera de Calímaco.

Pero nadie en la ciudad había intentado emular a Homero con sus obras, y a Virgilio, sin embargo, le pareció que Augusto, Eneas y, sobre todo, Roma, se merecían una tarea semejante. Es grande, por tanto, la deuda de la *Eneida* con los poemas de Romero, y ya en la antigüedad se veían los seis primeros libros como una *Odisea* y los seis últimos como una *Iliada*. Las historias de navegantes y de guerreros, el relato hacia atrás de un personaje, el campamento asediado en ausencia del héroe, la muerte cruel del amigo del héroe y la subsiguiente venganza; las tormentas, los juegos funerales, el descenso a los infiernos, el catálogo de los aliados, las armas maravillosas de Vulcano, el duelo a muerte entre los héroes rivales... con otros muchos, son temas que pueden leerse en las obras de Homero (W A. Camps). Nadie, sin embargo, acusa ya a Virgilio de plagio. Ese material era acervo común de todos los poetas, y con él debía Virgilio crear su propio mundo. En la literatura clásica la tradición es fuente de originalidad y era obligado beber en ella.

Tome, pues, el lector la *Eneida* entre sus manos. Descubra en su composición aquellas dos mitades o la otra ley que distribuye el poema a partes iguales entre Dido (I-VI), Eneas (V-VIII) y Turno (IX-XII), o bien otras muchas correspondencias que recorren y articulan el poema de principio a fin. Y, sobre todo, haga buena la afirmación de Jlébnikov: «Constataba que versos antiguos palidecían de golpe, que su contenido escondido se convertía en el hoy, y comprendí que la patria de la creación era el futuro. De allí sopla el viento de los dioses dula palabra» (cita de R.Jakobson).

Intencionadamente hemos dejado al margen en esta breve presentación las consideraciones al uso acerca del estilo de nuestro autor. El lector podrá encontrarlas y entenderlas mucho mejor en la bibliografía especializada, y, por otra parte, sería muy difícil seguir los pasos del estilo de Virgilio a partir de una traducción.

Cuando nos propusimos el presente trabajo, intentamos para poner a Virgilio en nuestra lengua el camino de la prosa, que, sin duda, permitía una mayor precisión al traducir. Sin embargo, el coste era demasiado alto, y nuestro texto se alejaba más y más del original virgiliano. Quienes nos precedieron habían emprendido uno y otro camino, y pueden leerse las traducciones en verso de Gregorio Hernández de Velasco (la más antigua en circulación), de A. Espinosa Pólit (excelente) o de A. García Calvo (de la *Eneida* sólo el libro VI). Pero la mayoría de los traductores lo han sido en prosa, y no desmiente este dato el que en muchas ocasiones se trate de la versión repetida de Eugenio de Ochoa. Y es que en general las traducciones modernas de los poemas de la literatura clásica se han hecho en prosa, abandonando la tendencia inicial de las lenguas europeas.

Decidimos por fin intentar una traducción en verso y vimos con sorpresa hasta qué punto el latín se dejaba meter en los nuevos moldes. Ciertamente se trata de un verso relajado, que no hace sino forzar al traductor a tener muy en cuenta las palabras exactas de Virgilio y el orden en el que aparecen, emulando en parte el ritmo o la cadencia final de los hexámetros latinos; pero es que, como afirma P. Klossowski (traductor de Virgilio para Gallimard), no podemos aplicar nuestra lógica gramatical en la traducción de un poema «donde precisamente la yuxtaposición voluntaria de las palabras (cuyo contraste produce la riqueza sonora y el prestigio de la imagen) constituye la fisonomía de cada verso».

Elegido, pues, el verso, se trataba de lograr una traducción clara y fácil de seguir y que no abusase de los términos puramente poéticos, ya que es quizá la característica esencial de los versos virgilianos el lograr una construcción mágica a partir de palabras más bien sencillas. Para este trabajo hemos encontrado ánimo y respaldo en excelentes traducciones italianas (F. Della Corte, R. Calzecchi Onesti, L. Canalj) e incluso en la ya clásica al inglés de C. Day Lewis.

Hemos utilizado como texto de referencia el Virgilio de la edición de Mynors (Oxford, 1977 = 1969, con correcciones) y, en general, hemos seguido sus interpretaciones, aunque a veces notará el lector una elección distinta, basada casi siempre en el consenso de los códices. En caso de discrepancia, bastará un vistazo a esa edición crítica para localizar nuestra fuente. Asimismo, hemos contado con la ayuda de los precisos comentarios de Austin y Paratore; este último ha publicado en fechas recientes una completa edición comentada de la *Eneida*.

Citamos a continuación algunos títulos que pueden resultar útiles a quienes deseen profundizar en la figura del poeta mantuano:

CAMPS, W. A.: *An Introduction to Virgil's Aeneid*, Oxford, 1979 (=1969).

ECHAVE-SUSTAETA, J. DE: *Virgilio y nosotros*, Barcelona, 1964. ESPINOSA PÓLIT, A.: *Virgilio en verso castellano*, Méjico, 1961. GARCÍA CALVO, A.: *Virgilio*, Madrid, 1976 (con abundante bibliografía).

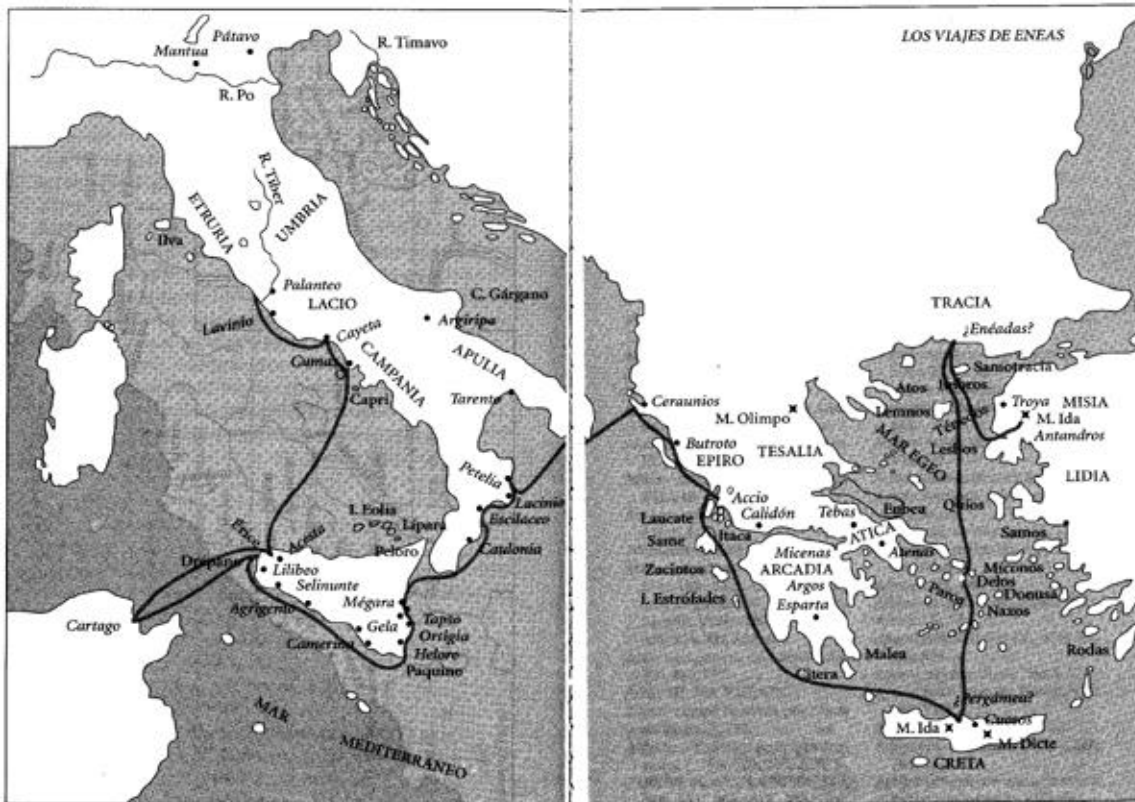
GRIMAL, P.: *Virgile ou la seconde naissance de Rome*, París, 1985. GUILLEMIN, A. M.: *Virgilio. Poeta, artista y pensador*, Buenos Aires, 1968.

JACKSON KNIGHT, W. F.: *Roman Vergil*, Harmondsworth, 1966 (= Londres, 1944, revisada).

MOYA DEL BAÑO, F. (ed.): *Simposio virgiliano*, Murcia, 1984. SYME, R.: *The Roman Revolution*, Oxford, 1974 (=1939, revisada).

A todos estos autores y a otros muchos estudiosos o traductores que hemos debido consultar constantemente, nuestro agradecimiento sincero. Y algo más que agradecimiento debiéramos manifestar hacia las personas que con su calor nos animaron en nuestro trabajo, a tantos amigos. Debemos, sin embargo, mencionar expresamente a Ana de los Ríos-Zarzosa Nogués (y a Manolo), que revisó conmigo la traducción y en duras sesiones realizó el completo índice de nombres, así como a Vicente Cristóbal López, amigo de otros tiempos que apareció de pronto y me ayudó leyendo el manuscrito hasta abrumarme con sus minuciosas sugerencias. Los consejos de ambos se han visto reflejados en numerosos lugares de esta traducción. Gracias.

## ENEIDA



## LIBRO I

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya  
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas  
lavinas, sacudido por mar y por tierra por la violencia  
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,  
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad  
y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino  
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas.  
Cuéntame, Musa, las causas; ofendido qué numen  
o dolida por qué la reina de los dioses a sufrir tantas penas  
empujó a un hombre de insigne piedad, a hacer frente  
a tanta fatiga. ¿Tan grande es la ira del corazón de los dioses?

5

Hubo una antigua ciudad que habitaron colonos de Tiro,  
Cartago, frente a Italia y lejos de las bocas  
del Tiber, rica en recursos y violenta de afición a la guerra;  
de ella se dice que Juno la cuidó por encima de todas las tierras,  
más incluso que a Samos. Aquí estuvieron sus armas,  
aquí su carro; que ella sea la reina de los pueblos,  
si los hados consienten, la diosa pretende e intenta.  
Pero había oído que venía una rama de la sangre troyana  
que un día habría de destruir las fortalezas tirias;  
para ruina de Libia vendría un pueblo poderoso  
y orgulloso en la guerra; así lo hilaban las Parcas.  
Eso temiendo y recordando la hija de Saturno otra guerra  
que ante Troya emprendiera en favor de su Argos querida,  
que aún no habían salido de su corazón las causas del enojo  
ni el agudo dolor; en el fondo de su alma

10

15

20

25

clavado sigue el juicio de Paris y la ofensa de despreciar  
su belleza y el odiado pueblo y los honores a Ganimedes raptado.  
Más y más encendida por todo esto, agitaba a los de Troya



por todo el mar, resto de los dánaos y del cruel Aquiles, 30  
 y los retenía lejos del Lacio. Sacudidos por los hados  
 vagaban ya muchos años dando vueltas a todos los mares.  
 Empresa tan grande era fundar el pueblo de Roma.

Apenas daban velas, alegres, a la mar alejándose de las tierras  
 de Sicilia y surcaban con sus quillas la espuma de sal 35  
 cuando Juno, que guarda en su pecho una herida ya eterna,  
 pensó: «¿Desistiré, vencida, de mi intento  
 y no podré mantener apartado de Italia al rey de los teucros?  
 En verdad se me enfrentan los hados. ¿No pudo quemar Palas  
 la flota de los griegos y hundirlos a ellos mismos en el mar, 40  
 por la culpa y la locura de uno solo, de Áyax Oileo?  
 Ella fue quien lanzó de las nubes el rápido fuego de Jove  
 y dispersó las naves y dio la vuelta al mar con los vientos;  
 y a él mientras moría con el pecho atravesado de llamas  
 se lo llevó en un remolino y lo clavó en escollo puntiagudo. 45  
 Y yo, reina que soy de los dioses y de Júpiter  
 hermana y esposa, contra un solo pueblo tantos años ya  
 hago la guerra. ¿Acaso alguien querrá adorar  
 el numen de Juno o suplicante rendirá honor a sus altares?»

En su pecho encendido estas cuitas agitando la diosa 50  
 a la patria llegó de los nimbos, lugares preñados de Austros furiosos,  
 a Eolía. Aquí en vasta caverna el rey Éolo  
 sujeta con su mando a los vientos que luchan y a las tempestades  
 sonoras y los frena con cadenas y cárcel.

Ellos enfurecidos hacen sonar su encierro del monte 55  
 con gran ruido; Éolo se sienta en lo alto de su fortaleza  
 empuñando su cetro y suaviza los ánimos y atempera su enojo.  
 Si así no hiciera, en su arrebato se llevarían los mares sin duda  
 y las tierras y el cielo profundo y los arrastrarían por los aires.  
 Pero el padre todopoderoso los escondió en negros antros, 60  
 eso temiendo, y la mole de un monte elevado  
 puso encima y les dio un rey que con criterio cierto  
 supiera sujetar o aflojar sus riendas según se le ordenase.  
 Y a él entonces Juno se dirigió suplicante con estas palabras:

«Éolo (pues a ti el padre de los dioses y rey de los hombres 65  
 te confió calmar las olas y alzarlas con el viento),  
 un pueblo enemigo mío navega ahora por el mar Tirreno,  
 y se lleva a Italia Ilión y los Penates vencidos.  
 Insufla fuerza a tus vientos y cae sobre sus naves, húndelas,  
 o haz que se enfrenten y arroja sus cuerpos al mar. 70  
 Tengo catorce Ninfas de hermoso cuerpo,  
 de las que Deyopea es quien tiene más bonita figura;  
 la uniré a ti en matrimonio estable y haré que sea tuya,  
 para que por tus méritos pase todos los años  
 contigo y te haga padre de hermosa descendencia.» 75

A lo que Éolo repuso: «Cosa tuya, oh reina, saber  
 lo que deseas; a mí aceptar tus órdenes me corresponde.  
 Tú pones en mis manos este reino y me ganas el cetro y a Jove,  
 tú me concedes asistir a los banquetes de los dioses  
 y me haces señor de los nimbos y las tempestades.» 80

Luego que dijo estas cosas, golpeó con su lanza el costado  
 del hueco monte y los vientos, como ejército en formación de combate,  
 por donde se les abren las puertas se lanzan y soplan las tierras con su torbellino.  
 Cayeron sobre el mar y lo revuelven desde lo más hondo,  
 a una el Euro y el Noto y el Ábrego lleno 85  
 de tempestades, y lanzan vastas olas a las playas.  
 Se oye a la vez el grito de los hombres y el crujir de las jarcias;  
 las nubes ocultan de pronto el cielo y el día  
 de los ojos de los teucros, una negra noche se acuesta sobre el ponto, 90

tronaron los polos y el éter reluce con frecuentes relámpagos  
 y todo se conjura para llevar la muerte a los hombres.  
 Se aflojan de pronto de frío las fuerzas de Eneas,  
 gime y lanzando hacia el cielo ambas palmas  
 dice: «Tres veces y cuatro veces, ay, bienaventurados  
 cuantos hallaron la muerte bajo las altas murallas de Troya, 95  
 a la vista de sus padres. ¡Oh, el más valiente de los dánaos,  
 Tidida! ¡Y no haber podido yo caer de Ilión en los campos  
 a tus manos y que hubieras librado con tu diestra esta alma mía  
 donde fue abatido el fiero Héctor por la lanza del Eácida, 100  
 donde el gran Sarpedón, donde el Simunte arrastra  
 en sus aguas tanto yelmo y escudo, y tantos cuerpos esforzados!»  
 Cuando así se quejaba un estridente golpe del Aquilón  
 sacude de frente la vela y lanza las olas a las estrellas.  
 Se quiebran los remos, se vuelve la proa y ofrece  
 el costado a las olas, viene después enorme un montón de agua; 105  
 unos quedan suspendidos en lo alto de la ola; a estos otros se les abre el mar  
 y les deja ver la tierra entre las olas en agitado remolino de arena.  
 A tres las coge y las lanza el Noto contra escollos ocultos  
 (a esos escollos que asoman en medio del mar los llaman los ítalos Aras,  
 enorme espina de la superficie del agua), a tres el Euro las arrastra 110  
 de alta mar a los bajíos y a las Sirtes, triste espectáculo,  
 y las encalla en los vados y las cerca de un banco de arena.  
 A una que llevaba a los licios y al leal Orontes,  
 ante sus propios ojos la golpea en la popa una ola gigante  
 cayendo de lo alto: la sacudida arrastra de cabeza 115  
 al piloto, rodando; a aquella tres veces la hace girar  
 la tromba en su sitio antes de que la trague veloz torbellino.  
 Desperdigados aparecen algunos nadando en la amplia boca,  
 las armas de los hombres, los tablones y el tesoro troyano entre las olas.  
 Ya la nave poderosa de Ilioneo, ya la del fuerte Acates 120  
 y la que lleva a Abante y la de Aletes el anciano  
 la tempestad las vence; por las maderas sueltas de los flancos  
 reciben todas el agua enemiga y se abren en rendijas.  
 Entretanto Neptuno advirtió por el ruido tan grande que el mar se agitaba,  
 se desataba la tormenta y el agua volvía de los profundos abismos 125  
 y, gravemente afectado, miró desde lo alto  
 sacando su plácida cabeza por encima del agua.  
 Ve por todo el mar la flota deshecha de Eneas,  
 y a los troyanos atrapados por las olas y la ruina del cielo;  
 y no se le escaparon al hermano las trampas y la ira de Juno.  
 Así que llama ante él al Céfiro y al Euro, y así les dice: 130  
 «¿A tanto ha llegado el orgullo de la raza vuestra?  
 ¿Ya revolvéis el cielo y la tierra sin mi numen, vientos,  
 y os atrevéis a levantar moles tan grandes?  
 Os voy a... Pero, antes conviene volver a componer las olas agitadas. 135  
 Más adelante pagaréis con pena bien distinta vuestro atrevimiento.  
 Marchaos ya de aquí y decid esto a vuestro rey:  
 el gobierno del mar y el cruel tridente no a él,  
 sino a mí, los confió la suerte. Se ocupa él de las rocas enormes,  
 Euro, vuestras moradas; que se jacte en aquella residencia 140  
 Éolo y reine en la cerrada cárcel de los vientos.»  
 Así habla, y antes de decirlo aplaca el mar hinchado  
 y dispersa el montón de nubes y vuelve a traer el sol.  
 Cimótoe y Tritón intentan a la vez sacar las naves  
 del filoso escollo; las alza él con su propio tridente 145  
 y abre las vastas Sirtes y serena el mar  
 y recorre la cresta de las olas con sus ruedas ligeras.  
 Y como en un gran pueblo cuando a menudo surge  
 el motín y se enciende el corazón de los villanos,

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

